



Con una flor del campo bien sencilla vengo a ornar hoy tu altar, Virgen María. Es una humilde y pobre campanilla, mas de color de cielo, Niña mía.

Le llaman: Manto de la Virgen pura; de terciopelo azul es su corola, su suavidad, su gracia y su frescura la quiere conservar para ti sola.

Ella es dichosa porque está vestida del color de tu agosto y regio manto.

Del color de la banda que ceñida llevas a tu cintura, dulce encanto.

Para indicar que Reina eres del cielo, el firmamento azul con sus estrellas te vistió, Niña hermosa, y con anhelo depositó a tus pies sus galas bellas.

Puso su luna ante tus plantas puras para que así tuvieras digna alfombra.

Hizo bajar al sol de las alturas y sus rayos brillantes son tu sombra.

Clara estrella del mar, de esa grandeza eres también la Reina soberana, y sus cambiantes de oro o de turquesa son tuyos, esplendor de la mañana.

El verde luz del alba, es la esperanza que simbolizas tú, Niña María, dulce aurora de paz y de bonanza, lucero matinal, astro del día.

El zafiro purísimo que ofrece en el atardecer, ese es tu manto, asilo del mortal, que no perece mientras está bajo tu amparo santo.

De sus espumas fabricó tu velo y de sus perlas tu imperial diadema perlas que tú vertiste en este suele en lentas horas de agonía suprema.

Perlas que se quedaron en el mundo y recogió el océano, Madre mía.

Ávido de guardar en lo profundo el tesoro del llanto de María.

Por eso el mar, la tierra, los espacios, te ensalzan a toda hora en mil acentos, y doquiera en tu honor se alzan palacios que son de tu grandeza monumentos.

En los templos que a ti se han consagrado cantan tus hijos todas tus victorias, y en cada pecho amante han levantado un trono para ti, para tus glorias.

Aquí también; humilde es la capilla que guarda a la Niñita encantadora, mas en tu Esclavitud, perenne brilla la llama de tu amor, Reina y Señora

